

Mujeres en la Agricultura

*Laura Chinchilla Miranda
Presidenta de la República de Costa Rica
Discurso pronunciado con ocasión del Foro Internacional
Mujeres en Agricultura: La contribución de las mujeres
a la agricultura y a la seguridad alimentaria en las Américas
7 de octubre de 2010 | Sede Central del IICA*

Amigos y amigas:

Agradezco el honor de poder participar en la inauguración de este Foro Interamericano y de poder compartir algunas reflexiones sobre un tema de gran relevancia para nuestras sociedades pero de escasa presencia en los foros internacionales: el rol y las condiciones de vida de las mujeres en la Agricultura.

Es justo reconocer que una de las deudas políticas y sociales más notorias que tienen nuestras políticas públicas, es la deuda de equidad con la mujer de nuestro medio rural. Me atrevería a afirmar que es ésta una deuda por partida doble: la deuda propia de los desbalances que aún padecen las mujeres en nuestros países y la deuda que tenemos con el medio rural en donde el rezago y la pobreza son mayores que en los sectores urbanos de nuestras sociedades.

No existe un sector social más invisibilizado, menos comprendido y menos atendido que la mujer de nuestros campos. A pesar de saber que la mujer juega un rol decisivo en el proceso de producción y en las condiciones de vida de la familia campesina, su lugar pasa desapercibido en los censos nacionales, resulta invisibilizado en los catastros nacionales, está desaparecido en el cálculo de la fuerza laboral del sector agrícola.

A los prejuicios de una visión desprovista de la dimensión de género se suman las distorsiones de instrumentos de investigación diseñados con una mentalidad urbana. Por condicionamiento social la mujer campesina se ve a sí misma como ama de casa, más que como trabajadora agrícola. ¿Cómo puede responder una mujer campesina cuando se le pregunta sobre su principal actividad económica? Ella ordeña la vaca, atiende la huerta y a los animales del corral, recoge la leña, acarrea el agua, vende los productos de la tierra, y en medio de toda esta faena, prepara la comida, lava y limpia la casa, y brinda atención y cariño al resto de la prole.

¿Cuál, entonces, es su trabajo principal? ¿Cómo lo registran las estadísticas? ¿En qué condición se le mira y se le atiende?

Somos conscientes de que nos falta mucho más análisis sobre las condiciones de la mujer en el agro; y de que requerimos de un mayor esfuerzo institucional para pasar de las buenas enunciaciones a mejores intervenciones que permitan mejorar sustancialmente sus condiciones de existencia. Tenemos la obligación de investigar sobre las condiciones de vida de la mujer campesina no sólo desde una perspectiva de

género, sino también desde una óptica de desarrollo, en una agricultura en pleno proceso de transformación, donde las condiciones de producción ancestrales se entrelazan con el desafío de la internacionalización de nuestras economías.

Toda América Latina se mueve hacia una nueva ruralidad: más productiva y más sostenible. El agro y sus mujeres necesitan una integración más dinámica y provechosa con sus propias economías domésticas y con la economía internacional, a riesgo de quedar excluidas de las subsiguientes etapas del desarrollo. En un siglo que, como el nuestro, estará caracterizado por la innovación, la sostenibilidad ambiental y la globalización, resulta necesaria una comprensión precisa y profunda de la participación de las mujeres en la economía agrícola, para que las instituciones estatales puedan adecuar sus políticas públicas y programas de apoyo.

Las actividades de las mujeres en la agricultura deben poder vincularse a cadenas productivas y de comercialización, nacionales e internacionales. Deben poder garantizar altos estándares ambientales y demostrar su rentabilidad. Hace falta incentivar su espíritu de emprendimiento mediante el acceso al crédito, mejorar la calidad de sus productos y promover sus técnicas de mercadeo y de diversificación productiva. Además, es deber del estado incluir a la mujer campesina en todo el andamiaje de apoyo social, incluyendo, el acceso a la vivienda, a la capacitación y a la educación de sus hijas e hijos, entre otros.

Es por eso que este Foro Internacional nos llena de esperanzas, puesto que representa una gran oportunidad para el despertar de las conciencias. Gobiernos e instituciones públicas, entidades privadas y organizaciones no gubernamentales, debemos comprometernos a estudiar a fondo las condiciones de vida de las mujeres en el sector agrícola de las Américas y a permear con una visión de género las políticas públicas de desarrollo rural.

Es un honor contar, en este Foro, con la presencia de especialistas de gran renombre y con representantes de organizaciones nacionales e internacionales, gubernamentales y no gubernamentales que se ocupan tanto de la temática de género en las Américas, como de la problemática de nuestro desarrollo agrícola y rural.

Es éste un momento particularmente propicio para enfrentar esta deuda de equidad, cuando vemos que más y más mujeres ocupan cargos de relevancia en el proceso de toma de decisiones de los países de nuestra región. En mi país, tenemos muy clara nuestra obligación: por primera vez una mujer ocupa la presidencia de la República, por primera vez una mujer ocupa también la cartera ministerial de Agricultura.

Confiamos además, que esas grandes redes conformadas por la Comisión Interamericana de Mujeres y los Ministros de Agricultura del hemisferio asumirán, sin titubeos, el compromiso de llevar adelante las recomendaciones que emanen de este importante Foro, incorporando una visión transversal de equidad de género en los programas que se impulsen en nuestro sector agrícola y rural.

Estimadas amigas y amigos:

Mujer y tierra se funden en una sola en lo que tiene de vida y fertilidad. Por eso celebramos la comunicación de preocupaciones en torno a tan natural binomio, no siempre estudiado, no siempre comprendido.

Les auguro el mejor de los éxitos en sus deliberaciones y desde ahora me comprometo a analizar y a implementar, en lo posible, sus recomendaciones para acercar mucho más nuestras políticas públicas a las justas aspiraciones de esas mujeres recias y valientes que día con día aran nuestras tierras, abonan nuestros hogares y cosechan con orgullo el producto de sus manos, de sus vientres y de sus corazones.

Muchas gracias.